

Las exigencias del volver

Regresos

LUIS FAYAD

Penguin Random House, Bogotá, 2014, 324 págs.

ERNESTO GONZAGA, protagonista de *Regresos*, vuelve a su país y no se halla. Llega a Bogotá luego de vivir veinte años en Montreal, para trabajar en un ministerio. Regresa solo, sin su esposa, ni sus hijos, que llegarán después, cuando él se instale. Sin embargo, se enfrenta, de manera absurda y con el fin de mantener el puesto, a la tramitomanía, a llenar formularios y a recurrir a asesores que le faciliten conocer el nuevo orden de cosas que encuentra. Por ello, comienza a perder la ilusión de futuro que lo motivó a desandar sus pasos.

El retorno obliga a Gonzaga a reconstruirse como hijo, como padre, hermano y esposo, como antropólogo, como ciudadano. Debe volver a ser. Y en ese armarse un mundo mientras todo es transitorio e incierto, recurre a la amistad, a la solidaridad, al amor, como anclajes necesarios. Todo en la vida de Gonzaga se pone en juego.

Parece obvio el título de la novela que cuenta este proceso, pero no lo es. El plural en *Regresos* hace las veces de señal, de invitación a descifrar las dimensiones que entraña una decisión así en alguien que ha partido. Los regresos son múltiples: a la ciudad de origen, a los amigos de infancia, a los amores olvidados, a la estructura familiar, a la idiosincrasia, a lo odiado y a lo querido, a la historia personal y a la del país, a las búsquedas inconclusas y a las propias de nuevas realidades.

Regresos relata ese período de desacomodo y reacomodo —que dura apenas unos meses—, cuando se está y no se pertenece, cuando confluyen el desarraigo y el reencuentro con lo dado por perdido, cuando la mirada va de la distancia a la cercanía y todo es objeto de comparación, cuando los espacios, las personas y todo lo dejado es igual, pero no lo mismo. Así lo expresa un diálogo entre Ernesto Gonzaga y Carmelo Rodríguez, un personaje clave, al que este conoció en el avión que los traía de vuelta:

—Usted vive afuera hace veinte años, ¿cierto, don Ernesto? Me parece que eso me dijo en el avión.

—Veinte años, Carmelo, ¿por qué?

—Me hizo pensar en lo que puede ser el desarraigo; yo no lo entiendo aunque se hable y se escriba tanto de eso, pero puede ser que se trate de que uno ve distinto lo que sigue siendo igual.

—Y de que uno cree ver igual lo que es distinto [pág. 24].

El narrador da cuenta de los regresos de Gonzaga y ese íterin del personaje le permite estar entre un cerca y un lejos de los acontecimientos, de los espacios y de los fenómenos que relata. Esa posición intermedia es un logro de la novela: nos pasea por una Bogotá conocida pero al mismo tiempo extraña, a la que, por el asombro del personaje, se le notan los cambios urbanísticos y las transformaciones en las dinámicas sociales; por un país perdido en la burocracia y que él debe descifrar, en el que se siente desorientado y al que enfrenta recurriendo a asesores, tramitadores y detectives. El entretanto nos lleva por las búsquedas, necesidades, tensiones y dinámicas de la clase media colombiana y por las formas que esta debe inventar para sobrevivir.

Ernesto Gonzaga llega a su familia, a sus amigos, a los barrios de su infancia y juventud, todos tan cercanos... Pero es como si se reencontrara con desconocidos, como si fuera un extranjero entre su gente. Lo que siente está permeado por los años de ausencia, por los abismos abiertos con la distancia. El autor aprovecha ese período donde la percepción está exacerbada para entregar una nueva mirada de lo que, por conocido y habitual, se vuelve parte del paisaje, deja de verse.

El tiempo de la novela tiene la misma duración de ese peculiar intervalo que hay entre el regreso y el momento en que se hace posible un nuevo arraigo, en que comienzan a brotar raíces y se crean lazos. En ese lapso se registran, además del proceso íntimo del retorno, los cambios sutiles de la sociedad a la que se regresa, y todo se revela gracias a la mirada cercana-distante de quien vuelve.

Pero si hubiera caminado por los alrededores, no habría sido fácil en-

contrar lo que conoció antes de su viaje al exterior (...). Sabía que no iba a encontrar cerca lo que en esos dos meses no había buscado ni había echado de menos, pero el recuerdo le sirvió para volver a darse cuenta del lugar al que regresaba [pág. 30]

El narrador llama al antropólogo “don Ernesto”, “doctor Gonzaga”, “Gonzaga” o “Ernesto” a secas, y cada una de esas formas plantea una distancia distinta: un acercamiento o un alejamiento. ¿Intencional? ¿Una manera más de resaltar que quien regresa es un extraño que está entre el cerca y el lejos? ¿Una forma de mostrar que en ese período también quienes reciben al que vuelve están buscando ubicarlo, darle un lugar en su mundo y no saben ni cómo llamarlo? ¿Igualmente la forma de nombrarlo está a prueba al regresar? ¿Hasta el nombre propio se ha perdido en la condición de extranjero y también tendrá que ser restaurado al volver?

Esta última novela del bogotano Luis Fayad exige del lector perseverancia. La tensión narrativa recae en el motivo absurdo de que Gonzaga deba diligenciar los formularios para obtener la prórroga del puesto y, luego, llenar otros para optar por un nuevo cargo. El suspenso de la anécdota depende del resultado de esos trámites sin sentido. También a ellos están amarrados la ironía y el humor que de tanto en tanto adquiere el relato.

Y mientras los formularios pasan por los asesores y quedan debidamente diligenciados, lo importante se desliza en el trasfondo, detrás de esos telones de papeleos y trámites, y se va construyendo una trama latente, sumergida, cuya intensidad está reservada para quien insista en la lectura.

En esa trama está atrapado un aspecto muy interesante de las migraciones: la historia de los que, después de haber vivido como extranjeros, vuelven y tampoco encuentran un lugar en su país de origen. Para ellos, también vale esto que ha dicho el escritor y profesor Óscar González del ensayista Ernesto Volkening —un emigrante—: “Él viene de una urbe y está en otra. La relaciona y las combina con una estética de exiliado, de anónimo y de excluido que siente la necesidad de darles más realidad”. Es que, al volver

RESEÑAS		NARRATIVA
<p>—nos muestra la novela de Fayad—, quien ha partido debe seguir viviendo con ese extranjero que ya fue.</p> <p>Luis Fayad sabe de regresos, ha residido en varios países de Europa durante muchos años, pero vuelve a Colombia con frecuencia. Está entre allá y aquí. Ernesto Gonzaga, el personaje, bebe de esas experiencias de su creador y, ante los obstáculos y lo que exige el retorno, enfrenta la decisión de quedarse o de volverse a ir. Al fin de cuentas, tendrá que escoger dónde seguir siendo extranjero. “Ese era su regreso, la realización de una idea fija acomodada en lo que lo rodeaba, que tendía a ser su personalidad, como si no volviera de ningún sitio, sino que todo fuera una prolongación” [pág. 46].</p> <p style="text-align: center;">Luz Ofelia Jaramillo</p>		